

Triángulo: Idea y Forma

por Jana Van Baalen

Es un placer para mí explorar con ustedes algunas reflexiones sobre el Trabajo de Triángulos. Cuando inicié mi propia práctica de Psicósíntesis hace más de veinticinco años, la llamé Triagonalis. Con ello quería expresar la importancia que atribuía al poder del triángulo, tanto como idea como por su efecto formativo.

El Trabajo de Triángulos forma parte de las enseñanzas relativamente nuevas, nuevas también en su impacto sobre la conciencia, que el Tibetano entregó a la humanidad hace casi un siglo. Esta noche centraremos nuestra atención en el Trabajo de Triángulos, aunque es solo una de estas enseñanzas. Y queremos reflexionar sobre la relación entre la Idea y la Forma, y sobre cómo esta puede conducir a descubrimientos sorprendentes en un nivel profundamente esotérico.

El Tibetano mencionó el Trabajo de Triángulos en relación con la enseñanza sobre el trabajo del Nuevo Grupo de Servidores del Mundo. Lo describe, por un lado, como la fase de la formación de una red de luz que sirve como canal de comunicación entre la Jerarquía y la Humanidad; y, por otro lado, como la formación simultánea de una red de buena voluntad, que es equivalente a la expresión objetiva de la influencia subjetiva de la luz¹. Aunque las dos redes no son idénticas, están estrechamente entrelazadas.

En un nivel profundamente esotérico, estas dos redes se relacionan con el Triángulo fundamental de Energía formado por los tres Budas de Actividad. Junto con Sanat Kumara, el Señor del Mundo, estos cuatro encarnan la voluntad activa, inteligente y amorosa. Representan la plena floración de la inteligencia, habiendo alcanzado en un sistema solar anterior aquello que la humanidad se esfuerza ahora por perfeccionar en nuestro actual sistema solar.

Se dice que, a medida que se construyen y forman redes de triángulos, en esencia, la Invocación se dirige hacia uno de los Budas de Actividad. Cuando la energía de esta Invocación sea lo suficientemente fuerte, se producirá una respuesta.

Todo esto crea una imagen notablemente sublime, y es precisamente esto lo que hace que el Trabajo de Triángulos sea al mismo tiempo tan simple y tan difícil. Es esta relación sublime la que lo hace excepcionalmente complejo para algunos,

¹ RI, p. 319, Ed. Sirio, en paráfrasis

dificultando un pensamiento claro sobre su simplicidad esencial. Otros, sin embargo, consideran el trabajo muy sencillo, enfatizando sus aspectos exotéricos y organizativos. Según el Tibetano, ambas formas de pensar entorpecen el verdadero propósito del Trabajo de Triángulos.

Por lo tanto, nos invita a tomar conciencia del verdadero plan que subyace al Trabajo de Triángulos. También enfatiza la importancia primordial de aprender la verdadera función de Triángulos. Según el Tibetano, el Trabajo de Triángulos debe continuar, pero al mismo tiempo, dice, este trabajo es tan nuevo y diferente de cualquier cosa concebida previamente que parece improbable que tenga éxito².

Esta es una observación intrigante que invita a una mayor reflexión, y trataremos de utilizar la tensión resultante entre la importancia del trabajo y su novedad para aclarar nuestra perspectiva sobre los triángulos. Subyacente a esta tensión hay otra tensión, a saber, la que existe entre la complejidad y la simplicidad, las cuales, según el Tibetano, distorsionan la intención del Trabajo de Triángulos.

El Tibetano es muy claro sobre el propósito de formar triángulos de luz y buena voluntad. Dice que la “formación” se relaciona con el reservorio de energía en el lado interno y etérico de la vida, que de manera automática y con un efecto de plena circulación permitirá el trabajo exotérico de hombres y mujeres de Buena Voluntad para progresar. No se trata de Buena Voluntad como tal, sino de la formación deliberada de triángulos en el cuerpo etérico del planeta, condicionada por la Buena Voluntad.

Aquí surge una distinción sutil, que parece esencial para comprender correctamente la función del Trabajo de Triángulos. Por un lado, está el Trabajo interno y subjetivo de Triángulos, y por otro, el trabajo externo y objetivo de la Buena Voluntad. Se complementan entre sí, pero no son lo mismo. La formación de Triángulos se expresa claramente como el objetivo que el Tibetano tiene en mente, pero parece haber un propósito más elevado, que aún no se ha explicado.

Lo que se dice aquí es que, en el Trabajo de Triángulos, no es primero una idea o un ideal lo que se realiza en la forma, sino que primero se crea una forma o estructura: la red de triángulos.

² RI, p. 342, Ed. Sirio en paráfrasis

Esta red crea un depósito de energía cualificada, dotada de la cualidad de buena voluntad, a través del cual, solo entonces, puede brillar una Idea hasta ahora latente y volverse activa.

En este sentido, el Trabajo de Triángulos ciertamente no es un llamado moral ni un movimiento ideológico, sino, estrictamente hablando, una preparación técnica casi meditativa para crear un reservorio de energía.

Hasta aquí lo referente al trabajo en sí. A partir de este momento, nos enfocaremos en su trasfondo, ahora que es evidente que el Trabajo de Triángulos es realmente nuevo y diferente de todo lo diseñado o concebido anteriormente.

Para comprender por qué este trabajo es tan nuevo, primero consideraremos la relación fundamental entre Idea y Forma. Esto significa que la búsqueda del significado exacto de una palabra, es decir, de su forma, es el punto de partida, porque es una ley que toda forma de revelación divina debe corresponder exactamente a su nombre.³

Tomemos la palabra “Triángulo”.

1. En su primer significado, puramente lingüístico, “triángulo” está compuesto de *tres + ángulo*, y esta palabra designa una figura o forma caracterizada por tres ángulos (y, por lo tanto, tres lados). De manera más concisa, podemos decir que es una figura plana delimitada por tres líneas que juntas forman tres ángulos. Lo más breve: aquello que tiene tres ángulos.
2. Dando un paso más allá, justo más allá del significado puramente lingüístico, hacia lo que podríamos llamar el significado conceptual, se podría decir que un triángulo es una forma geométrica básica creada cuando se conectan tres puntos mediante tres líneas, formando un todo cerrado. Aquí, el foco ya no se centra en la palabra, sino en un principio de orden. Sabemos entonces que un triángulo consta de tres elementos separados que se relacionan entre sí y que juntos forman una estructura cerrada. Es un nivel más abstracto, pero que puede ser imaginado, visualizado y también aplicado.
3. Dando un paso más allá, desde la estructura hacia el significado relacional, un triángulo puede describirse como una estructura de tres elementos interconectados, cada elemento derivando su significado de su relación con los otros dos, y cuya estabilidad surge de la tensión y el equilibrio mutuos. Aquí, los vértices del triángulo ya no se consideran principalmente como

³ *RI*, p. 342, Edición Sirio, en paráfrasis

formas, sino como posiciones o funciones. Esto significa que los elementos individuales, la persona conectada a un triángulo, no puede mantenerse por sí sola sin perturbar el conjunto.

En este punto podemos empezar a comprender lo que el Tibetano quiso decir cuando hablaba de un pensamiento excesivamente complejo o excesivamente simple que distorsiona el Trabajo de Triángulos.

Una forma de pensar excesivamente compleja podría llevar a que la relación viva entre los tres elementos sea reemplazada ya sea por un excesivo desorden conceptual o por una pérdida del equilibrio dinámico. Podemos traducir esto de manera práctica, por ejemplo, como esos momentos en que la mente concreta y analítica toma el protagonismo.

Como resultado, las relaciones dejan de experimentarse y pasan a explicarse. El triángulo en su totalidad entonces pierde su función como portador de tensión y equilibrio y puede “quedarse en silencio”.

Un pensamiento excesivamente simplista también puede ser restrictivo. En tales casos ocurre lo opuesto: las diferencias entre las tres posiciones o puntos se aplanan. Algo similar puede reducir el triángulo a una línea o incluso a un punto. La tensión se evita en lugar de gestionarse, y podría decirse que el triángulo colapsa; la colaboración deja de ser posible.

En resumen, podemos decir que la verdadera eficacia del triángulo no reside en aumentar o disminuir elementos, sino en mantener cuidadosamente la tensión entre tres posiciones distintas. Tan pronto como el pensamiento concreto se apropia de la tensión (complejidad) o la elimina (simplificación), el triángulo pierde su poder organizador.

Hasta ahora, hemos abordado el triángulo en diferentes niveles.

Primero lo vimos como una forma, una figura geométrica simple. Luego como un campo de trabajo de relaciones, en el que la tensión y la proporción son decisivas. Finalmente, como una actitud de conciencia sostenida por la buena voluntad.

En este punto, surge algo esencial. Cuando la tensión se mantiene, sin reducirla y sin sobrecargarla, se crea un campo en el que puede emerger un significado que

no es generado por ninguno de los elementos de manera individual⁴. Esto nos lleva a un cuarto nivel: el nivel simbólico. Aquí, el triángulo ya no se percibe como una forma o estructura, sino que se experimenta como un principio. El triángulo entonces no significa nada más; opera como un campo.

En este nivel, la buena voluntad se vuelve visible como una cualidad magnética. No como un incentivo moral, sino como una fuerza organizadora que, como un imán atrae el hierro, atrae la Idea y le permite echar raíces. Sin buena voluntad, la Idea permanece abstracta, o se cristaliza en ideología. Con buena voluntad, puede volverse activa, y encarnarse en la relación.

Desde esta perspectiva, el Trabajo de Triángulos se ve bajo una nueva luz. Aquí, no es la Idea la que primero plasma la forma, sino que es la forma misma la que se construye cuidadosamente. La red de triángulos crea un campo, un reservorio de energía cualificada, en el que una Idea, hasta ahora latente, puede emerger y funcionar.

La Idea que toma forma aquí, en el Trabajo de Triángulos, podría describirse como un potencial de corriente eléctrica en sí misma: invisible, activa dentro del cuerpo etérico del planeta, formada según leyes de equilibrio y proporción.

Bajo las condiciones adecuadas, sin exceso ni carencia; activo pero receptivo, este campo puede conectarse con la fuente. Lo que entonces se activa no pertenece ni exclusivamente a la experiencia interna ni exclusivamente al mundo externo, sino a un campo organizador en el que ambos se potencian mutuamente.

Lo que puede entonces volverse visible no es la Idea como concepto, sino su funcionamiento. El ejemplo que cita el Tibetano aquí es la “hermandad”, no como un ideal, sino como una relación viva.

Una vez más: el Trabajo de Triángulos no es un programa moral ni un movimiento ideológico, sino una preparación silenciosa, persistente y meditativa. Una preparación en la que la forma se sostiene de manera que pueda recibir vida. Entonces, cuando la forma esté suficientemente construida y la tensión plenamente sostenida, el Buda de Actividad podrá tomar consciencia de esta forma, en su naturaleza de luz y su cualidad de buena voluntad, **y permitir que Su Vida fluya a través ella.**

⁴ LOS, p. 122/123, Edición Sirio, en paráfrasis